española). El 25 del mismo mes penetraron en un estrecho —el de Le Maire— denominando Tierra de los Estados a la costa de babor y Maurits van Nassau a la de estribor; el 29 vieron dos islas que bautizaron como Barnevelt en honor de Jan van Oldenbarnevelt (personaje político de aquel entonces). Ese mismo día percibieron una tierra imponente: "Era la región al sur del estrecho de Magallanes, alta, montañosa y cubierta de nieve, terminando hacia el sur, sobre la latitud 57° 48′ (en realidad 55° 59′), en un cabo muy puntudo que llamamos el cabo Hoorn (...) Más allá del cabo de Hoorn perdimos de vista la tierra; la persistencia de esta ola larga y fuerte de color azul confirmó nuestra sospecha de que no había tierra adelante de nosotros, solamente la mar inmensa".

Ballande cierra su obra con lo que llama "Deplorable epílogo", porque tal fue en realidad el de esta expedición que concluyó por perder al *Eendracht* al arribar a Indonesia, embargado por la Compañía Unida de las Indias Orientales, cuyos representantes no aceptaron la explicación del descubrimiento de una nueva ruta que estaba fuera de su control. Más tarde, ya de regreso a Holanda, Schouten se distanciará de su socio Isaac Le Maire para pasar a servir a la poderosa Compañía que había arruinado a éste, lo que sirvió a Le Maire de incentivo para publicar la otra versión del viaje como homenaje a la memoria de su hijo Jacques, fallecido el 22 de diciembre de 1616 cuando retornaba a la patria.

El libro del comandante en retiro e historiador Henri Ballande constituye sin duda un interesante aporte a la divulgación de la expedición Schouten-Le Maire. Aunque el cabo de Hornos ha dado ya tema a múltiples trabajos literarios e históricos, esto no es obstáculo para que de tiempo en tiempo nuevas lecturas vuelvan a refrescar en nuestra memoria los episodios de esa época caracterizada por la pasión del descubrimiento geográfico, el comercio a larga distancia y el perfeccionamiento en el transporte marítimo. Es importante consignar la aparición de este libro que nos describe la apertura de esa vía austral, punto de partida de una tradición que desde comienzos del siglo XVII alcanza hasta hoy y que en Chile ha terminado materializándose con la fundación en Valparaíso, en 1987, de la Cofradía de los Capitanes del cabo de Hornos, estrechamente vinculada a las asociaciones de nombre semejante existentes en otros países.

EL CHILENO QUE UNIO DOS CONTINENTES

Francisco Camus Riquelme. Ed. La Noria. Santiago de Chile, 1991.

C.C.N.



STA interesante novela de ingeniosa trama nos coloca en el centro del devenir histórico del Chile marítimo del siglo XVIII. Su lectura tiene esa valiosa condición de entretener y educar, pues si bien el autor ha desplegado una amplia imaginación para caracterizar a sus personajes, el relato se ha atenido a los condicionantes del acontecer real de los grandes acontecimientos de esa época.

Por esa vía penetramos en ese desconocido mundo de un Chile ya maduro como país, aún cuando sometido al marco del dominio político de la corona española, que en esa época —por lo demás— ya abre, aunque esporádicamente, compuertas a la libre iniciativa comercial de sus empresarios del mundo colonial, ansiosos de una expansión marítima a lo largo y ancho del extenso Mar del Sur.

Es verdaderamente gratificante ver los hilos de tantas encadenadas aventuras, la mayoría de ellas desarrollándose en nuestra propia tierra de océano,

cuya geografía caprichosa reconocemos en cada página, ayudados por las acertadas descripciones del autor.

La novela se inicia en los inexplorados archipiélagos del sur del golfo de Penas y nos pone en contacto con el mundo alacalufe, todo ello encuadrado en un ambiente primordial en el que, no obstante, surge un peregrino y primitivo romance que a la postre nos plantea el duro trauma de la incomunicación.

Más al norte, en Chiloé, ocurre toda una serie de sucesos donde el ambiente social lugareño, con sus tan definidas características típicas, dan alas a un estimulante despertar empresarial en el que el protagonista, un marino chileno náufrago, accidentalmente reconocido como oficial británico, vive su doble personalidad con mucho desplante y se asocia con una bella viuda de la comarca para

forjar entre ambos, no sólo un profundo romance, sino una eficiente empresa armadora y de construcción naval que culmina con un primer y largo viaje hasta Australia, cuyo éxito consolida lazos perdurables que promueven el desarrollo de nuevas aventuras plenas de colorido.

Las vinculaciones del Virrey del Perú con Chiloé y Valdivia dan margen a capítulos de plena ambientación en la vida guarnicional de las fortalezas de Corral y en la interminable contienda con los mapuches, sin olvidar a los marginados y rubios indígenas boroanos, en cuyo contexto, nuevos romances envuelven al desinhibido mocetón que es el eje de la narración.

Las intrigas comerciales, las consecuencias económicas —e incluso políticas a nivel sudamericano— de la expulsión de los jesuitas, los prejuicios sociales y las condiciones de vida en los palacios y mansiones, así como en los rancheríos y rucas, son el entorno que nos mantiene cómodamente insertos en la trama, sin perder de vista en ningún momento que, si bien muchos de los temas allí narrados son de vigencia actual, la versión relatada tiene su vida propia en un marco físico y social claramente singular e irrepetible, pero de innegable fascinación.

Al terminar su lectura, queda una sensación de grato orgullo de ser parte de tanta capacidad de acción, temple y audacia como las que caracterizan al protagonista, que no es un príncipe ni un gran señor, sino un astuto hombre de mar que representa con su inevitable cortejo de éxitos y fracasos, a toda la clase marítima del país.

El epílogo nos lleva al tiempo de nuestra independencia, época que nuestra cultura ha tomado, equivocadamente, como punto de partida de la nacionalidad.

El libro tiene ese mérito adicional; nos muestra claramente que el Chile republicano es una continuación social, económica y cultural del Reino de Chile, país que no hemos querido conocer por simple actitud chauvinista forjada en los hechos políticos de la independencia y alimentada en su carácter antihispánico por una ilustración europeísta y por resabios indigenistas que aún subsisten.

En estos días en que se conmemora el V° Centenario de la hazaña de Colón, bien vale recorrer estas páginas que nos descubren, con notable encanto y erudición, las meritorias raíces de nuestra profunda cuanto esforzada idiosincrasia marítima, tan largamente silenciada por nuestra cultura continental.

El estilo de la obra es notoriamente descriptivo y, si bien a veces una descuidada puntuación dificulta su lectura, el vocabulario preciso y muy variado logra perfilar nítidamente los personajes y las situaciones.

En resumen, una muy ágil novela de amor y de aventuras, ambientada en el Chile marítimo prerrepublicano felizmente redescubierto, cuya evocación se va sobreponiendo, fluida y románticamente, a la menguada y equívoca percepción que hasta ahora hemos tenido de esos lejanos ancestros.

EL ULTIMO CLARIN

José Agustín Linares, Editorial Andrés Bello, Santiago de Chile, 1991, 324 pp.

Y.C.



STA apasionante novela histórica se desarrolla en una etapa de la vida nacional especialmente confusa y angustiosa: La Guerra Civil de 1891. Tiene una trama muy romántica y sus protagonistas son jóvenes de la época que actúan en un ámbito social relativamente rígido y en un medio político claramente escindido por el apego intransigente a principios intransables.

La primera parte, correspondiente al año 1890, presenta el escenario y los personajes. La escena nacional está impregnada de la pugna política y va marcando, con agilidad y contrapunto, el juego de situaciones personales, sociales y políticas que van envolviendo al lector, con incontrolable atracción, en una perspectiva evidentemente dramática que contiene una trama que, aunque se perfila ominosa, se hace auspiciosa por el estusiasmo de los jóvenes sujetos que le dan vida.

Especial deleite provoca la profusa referencia a personalidades sociales y políticas de la época,

95